

colección  
Cuento Mío

Claudia  
Bernazza

Permiso  
para volar  
en tren

 CORREGIDOR



CLAUDIA BERNAZZA

PERMISO PARA  
VOLAR EN TREN

 CORREGIDOR

Diseño de tapa:  
Daniel Villalba

Ilustraciones de tapa e interior:  
Irene Singer

Todos los derechos reservados

© Ediciones Corregidor, 2001  
Rodríguez Peña 452 (C1020ADJ) Bs. As.  
Web site: [www.corregidor.com](http://www.corregidor.com)  
e-mail: [corregidor@corregidor.com](mailto:corregidor@corregidor.com)  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
I.S.B.N.: 950-05-1372-2  
Impreso en Buenos Aires - Argentina

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente en ninguna forma ni por ningún medio o procedimiento, sea reprográfico, fotocopia, microfilmación, mimeógrafo o cualquier otro sistema mecánico, fotoquímico, electrónico, informático, magnético, electroóptico, etc. Cualquier reproducción sin el permiso previo por escrito de la editorial viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.



PERMISO  
PARA  
VOLAR  
EN  
TREN

(A modo de dedicatoria)

*Porque todos los chicos  
escriben historias  
que vale la pena contar...*

Juan recorre por última vez las calles de tierra de Pueblo Nuevo. Busca las vías que comunican su barrio con el mundo. El tren pasa silbando viajes sin barro y sin frío. ¿Por qué no probar? Juan se siente un poderoso rey ferroviario, se sube a un vagón de carga y se acurruca en un rincón donde duerme sin frío.

El tren le presta un viaje único.

Él volverá con los bolsillos colmados de caramelos para sus hermanitas, usará las zapatillas que brillan fosforescencias en la noche y las camisas y pantalones de moda. Les comprará a los amigos una pelota y unas camisetas de Boca. Todo eso hará. Trabajando duro se puede.

El tren retumba una bienvenida contra los rieles.

Una hora más tarde Buenos Aires lo saluda desde los techos altísimos de Constitución. Juan aún no sabe que cientos de chicos sueñan sus mismos sueños y llegan a la misma gran ciudad desde Paso del Rey y Burzaco y Florencio Varela y Avellaneda y ...

Busca trabajos que lo harán rico pero encuentra las puertas de los taxis y una soledad que lo abriga de noche.

Un día se encienden chispas que se entrecruzan en loca carrera dentro de su corazón. Si parece un cuento, fíjense lo que le pasó:

Juan acompaña a un señor importante que habla rarísimo en un taxi que los lleva al aeropuerto de Ezeiza. El hombre ríe de las ocurrencias de Juan, le convida chocolates, le guiña un ojo al taxista.

Cuando bajan lo invita a la confitería del aeropuerto y beben un café con leche como jamás probó Juan. Un perfume de selvas sube desde la taza. Hoy Juan se atreve a todo. El hombre se ríe de sus cuentos, sus caras y sus inventos.

Los pasillos y los policías se abren mágicamente frente al señor importante y el niño que lo acompaña. Cuando se despiden, las vallas que quedan por saltar antes de llegar a esos poderosos trenes con alas son muy pocas. ¿Por qué no? se pregunta Juan. No robará nada, no insultará, no molestará a nadie. Sólo desea probar qué se siente cuando se vuela.

Dicen que desde los aviones el mundo se ve chico, muy chico.

Juan ahora camina sobre la alfombra del mejor vagón que ha visto en su vida... y un calorcito en el aire... y unas mujeres hermosas convidando manjares para que ninguna mamá trabaje.

El paraíso no debe estar muy lejos.

Bien, lo que sigue no tiene importancia. A Juan lo descubrieron en Ecuador y lo bajaron del avión con

firmeza y buenos modales en Miami. Las autoridades se encargaron de un regreso sin altisonancias (¡y con un asiento sólo para él!). No lo pudieron culpar de nada. En todo caso, la culpa había sido de la vigilancia. Él era un chico con curiosidad de chico y con permiso para volar en tren.


Esta historia continúa, pero nosotros la dejamos aquí.

Esta historia es tan real como Juan —aunque no se llame Juan— y como vos. A Juan le dedico estos cuentos que jamás leerá.

Porque él podrá hacerlo cuando los pibes habiten un mundo que duela un poco menos.

Un mundo que te toca construir al lado del paraíso.

LA AUTORA



*'E MAIL  
DESDE  
LA LUNA*

*Los lunáticos  
me tratan  
de primera.  
Salvo por las cosquillas  
que me  
producen  
sus antenas,  
nuestra relación  
es muy  
cordial.*

Querido Pablo:

Yo no sé cómo sucedió esto. Qué hago acá y cómo llegué. Los lunáticos me tratan de primera. Salvo por las cosquillas que me producen sus antenas, nuestra relación es muy cordial. Me acercan oxígeno, alimentos y agua con gusto a plástico que le acepto sin chistar para no ofenderlos. Me siento cómodo entre ellos.

¿Sabías que miran televisión? Son fanáticos de los Tres Chiflados y de Pokémon. Las ondas llegan aquí como si el espacio fuera del tamaño de una nuez ¡si se ve mejor que en casa! (cuando vuelva le digo a papá que arregle la antena). Yo sé que copian los chocolates que me ofrecen de las propagandas de huevitos Kinder, porque son perfectos y te dan muchas ganas de comerlos ¡pero resulta que tienen gusto a ripio!

Desde aquí veo los restos que dejaron los astronautas en sus caminatas lunares, una que otra bandera y unos mástiles brillantes por falta de oxidación. Ellos sonríen cuando les señalo nuestros pequeños regalos porque jamás entendieron nuestros viajes. Saben que fueron

costosísimos y que nadie dio noticias de los lunáticos porque ninguno los vio. No había un solo aparato preparado para observar seres que viven a la orilla de las cosas, en la cornisa de lo real, saltando de emoción en emoción, que duran lo que una sonrisa y se alimentan de ideas encendidas y recuerdos imborrables.

Los lunáticos nacen en el corazón de los enamorados y los distraídos. Buscan el reflejo plateado del mar y suben como relámpagos por el camino derechísimo de los rayos lunares hasta la cara iluminada de la luna. Y allí viven, felices, saltarines, son algo así como fantasmas que se ríen, no sé cómo explicártelo.

¿Quién te pensabas, sino, que corre el mar en cada marea? Ellos tienen un complicado sistema de sogas y andamios de rayos que empujan como si nada todo el agua de nuestro planeta. Y empujan muchas otras cosas, que nosotros ni nos damos cuenta.

Porque la marea sigue en los ríos, en los charcos, en nuestros cuerpos y en nuestros vasos de coca ¡en serio! No sabés cuántos millones de movimientos galácticos se ponen en juego cuando invitás a Marisa a tomar algo. Y ni te digo cuando mamá se enoja ¡son terremotos invisibles de rayos y constelaciones!

En fin, los lunáticos son muy humildes y no hacen gala de estas habilidades que yo le descubro cada día.

La semana pasada, sin ir más lejos, dos presidentes de países vecinos de la Tierra se habían enfurecido el uno con el otro. La guerra era inminente. Las Naciones

Unidas se habían desunido discutiendo cuál de los dos tenía razón y a estos hombres en ebullición no los detenía nada.

Cada uno gobierna un pueblo tranquilo y lleno de historias. Ahí la gente no tiene las manos hechas para las armas ni los corazones acostumbrados al odio.

Pero nada de eso les importaba a estos gobernantes. Ya los habían visitado para venderles granadas último modelo. Los canales de televisión arengaban las justas violencias contra el enemigo mortal.

¿Y sabés que hicieron estos lunáticos? Desataron la paz como una marea de corazones y apaciguaron los ánimos. Los músicos inventaron canciones serenas que reclamaban amores sin fronteras. Los lunáticos dale que dale con sus andamios de rayos y sus sogas plateadas y la guerra se convirtió en la tonta apuesta de dos ridículos. Que se quedaron solos y tuvieron que desistir de la idea.

Claro que después de estas sesiones los pobres lunáticos quedan agotados y no siempre pueden frenar las furias y los infiernos que inventamos.

Les he preguntado por qué no se dan a conocer y ellos sonríen.

Me explican, en un idioma de músicas que entiendo no sé cómo, que ellos no dan consejos a los que no los piden. Alguien imaginaría que han venido a adueñarse de la Tierra y los destruirían por peligrosos. Prefieren



ayudar en silencio y comunicarse con los lunáticos terrestres.

Les pregunté por qué me habían elegido para este maravilloso viaje. Me dijeron que no temiera porque el viaje duraría sólo una noche –lo que en tiempos lunares significa años– y que nadie lo notaría. Y que me lo regalaban porque me consideraban un lunático de espíritu y deseaban nombrarme ciudadano lunar “honoris causa”.

Este e-mail llegará a nuestra computadora a través de las ondas de un claro de luna. Cuando lo abras antes de ir al colegio creerás que esto es un mal chiste de esos a los que te tengo acostumbrado, porque me verás plácidamente dormido.

Pero cuando te hable de extraterrestres y me distraiga en el arco y me acribillen a goles y cuando me olvide de entrar el canario y en vez de puchero compre chinchulines y cuando mamá me diga que vivo en las nubes, te pido, Pablo, cuando ocurra todo eso, que recuerdes esta carta y me comprendas.

De ahora en más podrás seguir diciendo que tu hermano vive en luna. Te pido nada más que lo digas sin réírte, porque a tu hermano, en una de éstas, lo espera una vida muy lejos de casa...

Rulo@luna.com

## MANUEL QUIERE UN DÍA



*Le suplicó que le regalara un día,  
un hermoso día al lado de Bibi...*

**M**anuel tiene once años y ya sabe que Aladino no vive en lámparas y que Eva no comió manzanas y que Ash no existe y que nadie vuela como Gokú y que los magos hacen trampas y que los Reyes no son como él suponía y que...

Le gusta una chica. Pero eso no se lo ha contado a nadie. A nadie. A NADIE. Salvo, claro, a Sebastián. Que no se lo ha contado a nadie. A nadie. A NADIE. Salvo, claro, a Rosi, que es la amiga de Bibi, que es justo la chica del cuento. Por ella hace meses que Manuel no toca un libro, ni siguiera una historieta, los de la escuela ni hablar.

La maestra la citó a su mamá que habló con su papá que pagó una maestra particular que habló con una sicóloga que habló con su mamá que habló con una amiga y ahora va lunes, miércoles y viernes a particular y martes y jueves a la sicóloga. Que recomendó un deporte. Manuel odia los deportes. De vez en cuando juega al fútbol en el barrio por no ser un amargado, pero ni loco se anota en Alumni, como sus amigos. Bueno, su papá lo anotó en Alumni. Pero no sólo en fútbol. También en básquet. Hay que ver qué le gusta más, sentenció el padre. El papá de Manuel es alto, tiene un auto grande que guarda en una cochera y trabaja de

gerente y cuando él habla todo el mundo se calla en la casa. Bueno. Sábados a la mañana básquet. Lunes y jueves fútbol, y partidos los domingos a la tarde que Manuel sigue desde el banco de los suplentes.

A Bibi, por suerte, la ve en la escuela, todas las mañanas.

Hace una semana pensó que si ya no podía toparse en la vida con Aladino ni con Gokú, por lo menos quedaba el beneficio de la duda para los ángeles de la guarda. Entonces le pidió al suyo. En secreto, claro, no quería que su papá supiera que él todavía rezaba, porque podía parecer muy flojo. Le rogó, le suplicó, ni a Sebi se lo contó, que le regalara un día, un hermoso, luminoso día, sol y nada que hacer y nadie que ver, al lado de las vías al lado de Bibi, y un helado y mucha simpatía para contarle chistes y que ella se riera y mucha soltura para besarla y que a ella le gustara. Un día. Un solo día.

La sicóloga dijo que lo notaba como ausente últimamente y su mamá compró vitaminas y mucha fruta. Pero se aguantó. No le contó a nadie. Claro, lo que él no sabía era que Bibi le estaba pidiendo lo mismo a su ángela custodia, un día entero para caminar como sin querer al lado de Manuel y decirle hola y atreverse, ay, como deseaba eso, atreverse a invitarlo a pasear por la placita de las vías, helado en mano. Si hasta estaba juntando la plata. No iba a ser tan caradura de pedir la plata también. El día. Sólo el día que lo demás lo hacía ella. Pero todo esto Manuel ni se lo imaginaba.

Así que cuando ese mediodía después de la escuela Bibi se puso a caminar al lado de él, Manuel supuso que era todo obra de su ángel y las palabras le salieron solas y ella rió como él soñó en sus mejores sueños. Claro, no fueron a comer a sus respectivas casas, preocupando a sus respectivas madres. Mejor llamamos por teléfono, se dijeron. Hasta ahí todo bien. Pero después ella faltó a inglés y a danza y él faltó a particular y a fútbol y entonces sí se armó. Flor de lío. Pero los gitanos de las vías les habían adivinado la suerte y les vaticinaron casorio, así que ellos pisaban nubes mientras sus viejos pisaban gritos.

A Bibi la dejaron cuatro días sin salir. A Manuel tres sin tele. De esa sí que no los salvó ni San Miguel, que es arcángel y manda más que los ángeles guardianes.

Pero lo que ello no calcularon fue que a ese día le siguieron otros días. Y muchos recreos y mensajes.

A Manuel le vinieron otra vez ganas de leer y fue a buscar libros a la biblioteca de su papá. Los conoció a Tom Sawyer, a Huckleberry, a Sandokán y los Tigres de la Malasia y a Bomba. Ellos no hacían magia pero se divertían y sufrían y se enamoraban como él y a la noche no dormían en lámparas. Lo que Manuel no sabía era que Bibi también había empezado con ese asunto de los libros y estaba leyendo Mujercitas y Heidi, unos libros de su mamá. Ellas también se enamoraban, eso era lo que más le gustaba a Bibi.

Además ocurrió algo increíble. Manuel le dijo que no y no. Que nunca más. Que él no quería saber nada

con los entrenamientos de fútbol. Eso le dijo a su papá. Y que a particular tampoco iba a ir más, porque se dormía. Y que a Violeta, la sicóloga, la iba a ir a visitar cuando tuviera ganas de charlar con un grande, porque le había caído simpática. Eso sí, los entrenamientos de básquet no los dejó, porque últimamente se había puesto alto como su papá y le embocaba bastante al aro.

Ahora Manuel cree ciegamente en el poder de los ángeles. Y esto no se lo contó a nadie. A NADIE. Salvo, claro, a Sebastián, que no se lo contó a nadie. A NADIE. Salvo a Rosi, claro, que es la mejor amiga de Bibi. Que también cree en ángeles.



## DESVENTURAS DE UN GLYPTODONTE DE JARDÍN

*Un día Manón empezó a estar triste y casi no comía. Le falta un novio –sentenció Javier, que de luchos y yuyos sabe un montón.*

Un fin de semana fui al campo con mi amigo Javier. Él vivió muchos años en esa estancia donde trabaja el padre, así que de bichos y yuyos sabe un montón. De todas las cosas que hicimos y de lo que pescamos y cazamos y de lo que oímos y vimos me llevé en la memoria un asombro de nidos y en una cajita una mulita asustada.

Quedé sorprendido de los nidos que hacen los horneros ¡son hornos de barro en miniatura! ¿Cómo saben los horneritos jóvenes la proporción exacta de barro y pajita? ¿Quién le dibuja los planos? ¿Llevan instrucciones escritas en las plumas? Porque los pichones de hombre no sabemos poner un ladrillo sobre otro si no hay un paciente albañil que nos explique cómo se levanta una pared.

A mí no me vengan con ese asunto de que los animales no hablan, no sienten, no piensan... si estos pajaritos construyen un techito perfecto para que la lluvia no pueda colarse ¡mientras mi casa está llena de goteras!

Yo creo que los animales tienen una inteligencia que nosotros no comprendemos. Entonces decimos: no hablan... y nos quedamos tranquilos creyendonos mejores.

Bueno, les decía, me llevé en el alma un nido de boyero flotando en la crecida como un bote miniatura... me llevé una casita de adobe construida por un hornero laborioso... (no me atreví a sacarla del árbol aunque resultaba sencillo, porque yo había sido testigo de su esfuerzo).

¿En qué estaba? (La maestra siempre dice que empiezo hablando de una cosa y termino hablando de otra. Digamos que ella no me tiene mucha paciencia, a ustedes les pido que me sepan esperar cuando me vaya por las ramas).

Estaba en que lo que más recuerdo es una mulita que trajimos en una caja. Mi mamá fue terminante: en casa no entran bichos. Cuando le dije que la acariciara la tocó con la punta de un dedo. Qué linda, me dijo para no herirme. Pero puso la cara que pone cuando ve una cucaracha. Pobre, si los animales más raros que conoce son las hormigas de nuestro jardín.

Al final le saqué un "permiso provisorio de residencia en el fondo de tierra" para la pobre mulita, que de la ciudad ya se estaba cansando.

Creo que a ella tampoco le gustó mi mamá. Con Julián, mi hermanito, se llevaba un poco mejor. Salvo cuando la ponía panza arriba y la dejaba pataleando aire, sus relaciones eran, digamos, amistosas. Sobre todo cuando Julián buscaba los pastitos más tiernos y Manón, como la llamé a mi mulita, le daba cariñosos besos de hocico.

Un día Manón empezó a estar triste y casi no comía.

—Le falta un novio —sentenció Javier, que de bichos y yuyos sabe un montón.

—¡Yo se lo busco! —nos dijo Julián. Y ya planeaba viajes a los campitos de las vías con una esperanza de mulito ciudadano.

Pero mamá fue clarísima: Manón vuelve al campo (¿no estaría un poco celosa?). Y nos recordó que el permiso era PRO-VI-SO-RIO y si no sabíamos lo que significaba provisorio que buscáramos en el diccionario (cada vez que se enojaba nos hacía buscar en el diccionario).

Qué me iba a imaginar yo la reacción de Julián. Se puso blanco como un papel y después colorado como un tomate, y después empezó a hacer pucheros como un bebé pero ya mi mamá se había atrincherado en la cocina y no estaba dispuesta a ceder frente a un par de lágrimas.

Manón, le había explicado yo a Julián una semana antes, es una hija directa de los dinosaurios, ella es como una tátara tátara nieta de glyptodontes, de los que heredó su caparazón.

—Sin ir más lejos, ella, para las hormigas, es un glyptodonte hecho y derecho —le dije a Julián, que a esa altura me miraba con ojos abiertos como huevos fritos.

El problema, que yo comprendía claramente entonces, era que mi mamá no opinaba lo mismo. Para colmo Manón era más buena que la leche y se negaba a

presentar batalla. ¿Qué hacer? Julián a esta altura lloraba como un descosido. Sí, era cierto, los malvones estaban un poquito machucados y los bulbos no habían brotado y había un lío de lechugas y zanahorias desparrramadas por el fondo.

Pero ésas, para nosotros, no eran razones suficientes para el desalojo.

—Se va ella, me voy yo —acabó por decir Julián.

—Bueno —contestó mamá desde la ventana de la cocina.

¿Cómo? ¿Su adorado Julián, ocho añitos, también de patitas en la calle?

El panorama era desolador. Manón husmeaba una lombriz, ajena a todo. O se hacía la distraída para no caer en la volteada. Qué se yo. Cuestión que husmeaba una lombriz en un ambiente de velorio.

Lo llamé a Javier porque a veces se le ocurrían buenas ideas.

—Y... está en celo, la verdad que tu vieja tiene razón ¿por qué no vamos los tres a Monte para regresarla y nos pasamos una semanita de primera?

Era verano, eran vacaciones ¿por qué no?

O mamá se compadeció de nosotros o sabía que en una guerra siempre hay batallas que perder o estaba de buen humor o quería una semana de luna de miel con papá. La cuestión que obtuvimos el permiso sin largas y cansadoras negociaciones.

Y allá fuimos, en un micro de pasos cansados, Manón en cómoda caja con agujeritos, a la estancia de mis buenos recuerdos. (El único problema fueron los mocos de Julián. Mamá me había recomendado vigilancia estricta y el pibe no se dejaba tan fácil. Durante el viaje las uñas de Manón raspaban el cartón con una música de tamborcitos. Alguna señora habrá pensado que teníamos retorcciones de barriga.)

Aquella semana Manón recuperó sus bríos. El mulito no se hizo esperar y asistimos a un romance de caparazones que se viene repitiendo desde el tiempo de los abuelos glyptodontes. Julián acercaba hierbas frescas a los enamorados que, la verdad, mucha bolilla no le daban.

Pienso que fue por eso que aquella pibita le llamó la atención. Que te enseñó a jugar a las payanas, que unas escondidas, que por allá viene el tambero y capaz nos deja subirnos a la chata...

En fin, a Julián tampoco le vimos el pelo esa semana (salvo, claro, a la hora de las milanesas). La morochita le hizo perder todo interés por Manón con estrategias que mamá hubiese envidiado. Cuando se esfumó la semana Julián volvió a llorar desconsoladamente. La pobre Manón no tenía nada que ver en el asunto.

—Y bueno, viejo, a golpes se hacen los hombres —le explicó Javier que me parece tenía menos paciencia que mamá. Lo abrazó previniendo escapes y le palmeó consuelos hasta que subimos al micro. Con el traqueteo Julián se quedó dormido.

CLAUDIA BERNAZZA

Cuando se despertó, puchereó en silencio para no molestarnos.

—¿Y ahora qué te pasa? —el que había perdido la paciencia era yo.

—Quiero ver a mamá —me dijo. Y se puso a llorar por su único amor sin complicaciones.

Un amor que lo estaba esperando en la terminal, que lo abrazó con fuerza y le prometió panqueques en honor a su regreso.

# JAVIER TIENE UN RÍO

*Javier guarda un río  
como una cinta marrón  
en la cintura  
del verano.*



Javier tiene diez años y vive al sur del Gran Buenos Aires. Pueblo Nuevo le dicen a ese lugar donde llega el aliento del río. Javier lo huele y lo presiente a la distancia, y lo visita cada vez que puede.

Hace años que a Javi lo bautizó el barro de la orilla, y desde entonces lo acompaña una memoria de agua dulzona, de arena oscura que se apelmaza al pisarla, en la que brota el charco, rebota el viento ondulándose en cordilleras minúsculas.

Javier guarda un río como una cinta marrón en la cintura del verano. Espera un aire caliente y findeañero para apoderarse del Río de la Plata (en realidad él no necesita ni conoce ese nombre, él construye la nueva historia de esas aguas).

Javier está convencido que en su río habitan decenas de ríos diferentes: Punta Lara, el río de Hudson, el de Berazategui, el de Quilmes, mares de borde único y final imposible (es que él no necesita ni conoce mapas, él construye la nueva geografía de esas aguas).

Todos los demás son hilitos pobretones al lado de su poderoso, infinito río, que le trae de lejos paisajes de selva, a él que no visitará turísticas cataratas.

Javier vino hace diez años de Bolivia, acurrucado en vientre joven, y habita una casa sin terminar en la llanura que se ha vuelto ciudad. Ama el agua marrón y abundante como su madre amó montañas.

Javier prepara cañas, desentierra lombrices, busca bolsas de cebolla para hacer redes, mueve amigos. Porque hoy no pescará renacuajos en la zanja de la cuadra, lo espera el gran río, iluminando primaveras, anticipando veranos en la costa verdísima de Hudson. Pudo colarse en el camión de don Juan que esta tarde tiene franco y se va con los amigos a la playa. Entonces será el ritual: el barro orillero le humedecerá solemnemente el primer día de pesca y la caña, batuta de juncos, dibujará un recorrido único y repetirá el milagro de los peces sólo para él.

La costa será de los pibes, porque los grandes arrastrarán envido y truco toda la tarde. En cambio los chicos dominarán el mundo, porque será de ellos el agua caliente con ruido a mar.

Javier es el primero en bajar del camión, y corre, no conoce otra manera de llegar a la playa, no puede perder tiempo, que la arena guarda botes viejos para un viaje de sus hijos preferidos que no pueden lanchas ni veleros, que el monte esconde ciruelas para ser robadas, que el pique, dicen, está bueno.

Pero le frenan en seco la carrera. Hoy no se puede, le dicen unos policías que parecen hombres, y lo alzan en un abrazo que lo deja pataleando el aire. Y desde allí

divisa la franja del río que se trepa entre los árboles, y observa una playa extraña, una inmensa piel de tigre con manchas plateadas.

Son peces muertos, escucha que le dicen, que explican, que las fábricas, que tiran líquidos envenenados en los arroyos, que no, que es petróleo, que salud pública, que el ministro dijo, que hoy no se puede, volvete al camión, calmate pibe, dicen que este verano, parecen que prohíben, ciruelas, orillas, y vinieron de la municipalidad, y unos periodistas, vamos Javier, que nos vamos al Parque Pereyra a comer, cómo que no es lo mismo, y con este olor a podrido.

Javier piensa, después piensa, alcanza a pensar en un vaivén de camión destartado, en la enorme estupidez de ese gran pescador que se olvidó todos los pescados que pescó sobre la arena.



EL CHICO  
DE LA  
ORILLA

*Cuando uno de  
los famosos adelantados  
de la reina de España  
emprendió su viaje a las  
costas coloridas del Nuevo  
Mundo, no sabía que  
llevaba en la bodega del  
barco a Rodrigo.  
Rodrigo tenía diez años.*

Cuando uno de los famosos adelantados de la reina de España emprendió su viaje a las costas coloridas del Nuevo Mundo, no sabía que llevaba en la bodega del barco a Rodrigo.

Rodrigo tenía diez años y desde los siete que vagaba por las calles de Sevilla. Comía lo que le daban en las fondas, acampaba con los gitanos, desfilaba en todas las procesiones. En realidad, él lo sabía, buscaba un amigo. Desde que había muerto su abuela soñaba con recorrer el mundo para encontrar un compañero de aventuras que lo quisiera como a un hermano.

Se imaginaba realizando una hazaña que lo hiciera famoso, tanto que su fama llegase a los oídos del rey, que lo colmaría de favores y le regalaría una carabela para cruzar el mar.

Contaban tantas historias de las Tierras Nuevas. Si hasta contaban que vivían criaturas que parecían personas y aves con los colores del arco iris y picos de marfil y plantas gigantes y verdes como la esmeralda. Lo que nunca imaginó Rodrigo es que una tarde, vagando por un puerto de pescadores cansados y redes sucias a donde llegó siguiendo gitanos, iba a encontrarse con un grupo de marineros que preparaban un largo

viaje. Los distinguió por sus cartas de navegación en pergaminos lustrosos, por sus astrolabios y brújulas y porque hablaban difícil y calculaban vientos y estrellas y mareas.

No perdió tiempo. Nadie lo esperaba en Sevilla y durmió en aquel puerto desconocido sintiendo la sal del aire y el viento fresco y las olas poderosas. No se animaba a pedir que lo llevaran. Pero no le fue difícil ganarse las simpatías de aquel marinero bueno y anciano que lo subió al barco y lo protegió y lo alimentó durante todo el viaje, arrinconado como fue entre sogas y baúles de una bodega húmeda y fría. No le importó. Sólo le importaba llegar, primer niño pisando las tierras remotas ¿qué rey no se enorgullecería de su osadía?

De cómo bajó del barco no me llegaron noticias, lo que sí sé es que besó la arena blanquísima y amó la selva desde el mismo instante que la vio.

Rodrigo llevaba dos armas poderosas: sus ojos negros. Y un escudo que lo defendía del miedo: buscaba un amigo. En la playa, a lo lejos, divisó unos chicos que estaban casi desnudos y que trataban de empujar una débil embarcación hacia el mar. Los ayudó a vencer el oleaje y los niños se rieron de su bombacha colorada y su chaqueta amarilla. Se rió él también y aprovechó para quitárselas porque se estaba muriendo de calor.

Cuando estuvieron todos sobre la barquita, los pibes empezaron a tocar y oler a Rodrigo, atentos a su lengua

indescifrable. Las manos ayudaban. Con abrazos se demostraban cariño y ausencia de sustos.

El mayor de los chicos se llamaba Cauli o algo así, y fue quien guió a Rodrigo por los senderos de la selva cuando regresaron del paseo. Le hizo conocer a su madre y sus hermanos, le mostró su choza y el árbol donde le gustaba dormir. Le dio de comer un grano verde y grande, bañado por un líquido espeso y marrón ¡cómo le gustó a Rodrigo ese manjar! Él no sabía que era el primer español que merendaba arvejas con chocolate, y el primer blanco que amaba la paz sin declamarla.

Rodrigo nunca tuvo miedo de Cauli.

Un día, Rodrigo conoció la violencia de los suyos. Los marineros de su barco quemaron las chozas de la tribu de Cauli. A él lo despertaron el fuego y los gritos, y sólo alcanzó a rescatar a Ñeli, la hermanita menor de su amigo, de la furia de las llamas. La nena gritaba y lloraba en la humareda, y se abrazó al cuello de su amigo blanco con toda confianza. Rodrigo la llevó a orillas de un arroyo cercano y le curó las heridas. Estaba indignado. Distinguió palabras en español y sombras de armaduras en aquella madrugada siniestra.

El pueblo tomó una decisión aquel mismo día: debían alejarse de la costa lo antes posible porque los dioses estaban furiosos. Y debían dar gracias al chico de la orilla, así lo llamaban, por haber salvado a la princesa ¡Rodrigo, sin saberlo, había protegido a la mismísima hija del rey!

Cauli lo ayudó a comprender todas estas cosas, porque ya hacía muchas lunas que estaban juntos y cada uno había aprendido algunas palabras del otro. A Rodrigo se le presentaba un gran problema: justo cuando comenzaba a ser feliz de verdad, sus amigos se alejaban de la nave y el mar que debían regresarlo a España. Justo cuando un rey le agradecía su valentía ¡debía abandonarlo!

Aquella noche, bajo una luna llena, bajo un calor de selva, bajo una música de aves nuevas, bajo las mariposas y los insectos enormes, bajo la tristeza, Cauli y Rodrigo hablaron.

Cauli le contó de la espesura de la selva interior.

Le contó que casi no llega el sol a la tierra y que la selva es noche.

Que hay animales peligrosos y plantas traicioneras y arenas movedizas.

Que es más difícil recolectar frutos y cazar.

Que hay una tribu enemiga.

Que hacía tiempo su tribu se estaba preparando para este largo viaje porque ya tenían noticias de dioses blancos y violentos que venían del horizonte.

Que él no podía obligar al chico de la orilla a vivir en la espesura pero que igual serían hermanos para siempre.

Y Cauli, después de decir todo esto y llorar apenas, le regaló un collar de dientes y flores y piedras desconocidas.

Rodrigo abrazó a su amigo y también habló.

Le contó que su madre había muerto cuando él era muy chico y sólo recordaba una caricia.

Que su padre había sido un paciente labrador que murió de pena y de trabajo agotador para que la tierra le devolviera frutos flacos. Porque de donde él venía la tierra era casi piedra y el verde era casi gris y los frutos dulces un privilegio de señores.

Que su abuela se ocupó de él como podía porque casi no veía y apenas lograba mendigar la leche y el pan para su nieto.

Que él vivió sin nadie, sin choza, sin selva, durante tres años.

Y que su padre amaría el verde dorado de las tierras nuevas y que él quería regalárselo.

Y Rodrigo, después de decir todo esto y llorar apenas, le regaló a Cauli una moneda dorada que no compraba nada y que su amigo se ató al cuello.

Hay pocas noticias de aquella noche, pero estoy seguro que Rodrigo no durmió. Porque al amanecer se unió a la caminata de sus amigos y abandonó la playa y el barco y España para siempre.

Muchos años después, su esposa, la princesa Ñeli, le contó esta historia a sus hijos. Y éstos a sus hijos y ellos a los hijos que tuvieron. Abuelos y padres y nietos supieron que ese color apenas claro de su piel les venía del chico de la orilla.

A mí esta historia me la contó mi abuela que es hija del hijo del hijo del hijo del hijo del hijo de Rodrigo y Ñeli. Cuando intenté contársela a mis maestros no me creyeron. Porque es un relato que no aparece en ninguna crónica de los tiempos del descubrimiento y la conquista.

Pero digo yo ¡cuántos amores, sudores, injusticias, polizontes como mi tatarabuelo, habrán esperado alguien que los escriba!

Yo hago este intento y quien lea esto tendrá que hacer un esfuerzo: creer en mis palabras.

Y en la amistad de Rodrigo y Cauli, que nació porque supieron, al encontrarse, que habían hallado un tesoro.



*¡Abí viene! se oía entre el público. ¡Abí llega la chica que canta como un ángel!*

**A** Jazmín le gustaba componer canciones. Ella sabía que algún día será famosa como Thalía, pero antes tiene que solucionar un pequeño problema: era fea ¡feísima! tenía granitos en la frente y en la nariz y el pelo se le enrulaba los días de lluvia. Y lo que era peor... era morocha, bien morocha. Y lo que era terrible... vivía en calle de tierra de ciudad chiquita y su papá era albañil y su mamá trabajaba por horas limpiando casas.

A Jazmín le gustaba ese rato que sigue al almuerzo de los domingos. ¡Cómo comía mandarinas al sol, cómo le gustaba el perfume que dejan en las manos al pelarlas, cómo esperaba que saltaran las gotitas de la cáscara y le refrescaran la cara! Mientras guardaba en una mano las semillas, iba pensando. Una canción, un verso, un paso de baile... ese vestido rosa y brillante que se pondría el primer día... Imaginaba los autógrafos que firmaría y las muñecas que se compraría y los helados gigantes que repartirá en el show y los globos que soltarían su nombre...

Mientras esperaba ese día, iba a la escuela a la mañana. A la tarde cuidaba a Evangelina y Fabi, sus hermanitos.



Una vez, estando los tres solos en el terreno de pastito corto y alambrado flojo, se armó el recital: ella se puso un pañuelo de su mamá, un sombrero de su abuelo y un canto y un baile que había inventado. Evangelina y Fabi estaban locos de contentos. Los invitó a bailar, a saltar y a aplaudir y la tarde no fue larga y aburrida.

Javier, el hijo de la vecina, se asomó por el alambre tejido y no se movió en toda la tarde. Cuando llegó la hora del mate cocido, nadie quería abandonar la música. Por eso a Jazmín se le ocurrió un baile con acompañamiento de cucharitas. Todo fue más fácil y ninguno se acordó de la tele. Para acarrear agua a la casa se le ocurrió una carrera de baldes y en cinco minutos tuvieron el piletón lleno.

Cuando volvió, su mamá encontró la casa reluciente y a sus hijos felices. Pero no supo por qué.

Los días siguieron animados y musicales. Los chicos de la cuadra se reunían en el portón de la casa de Jazmín para verla actuar y por eso sus programas caseros se hicieron bastante conocidos en el barrio. Las madres se aliviaban de preocupaciones porque sus hijos no jugaban en la calle.

Jazmín movía la música que movía el cuerpo. Cantaba los cantos de sus amores. Esperaba un día.

El problema seguía siendo su piel. ¿Cómo se atrevía ella a imitar a las mujeres hermosas, ella que no rimaba

con los celestes, que no brillaba rubia? Pero esas dudas no se las contaba a nadie.

Ese verano, una señora la felicitó a su mamá por lo bien que cantaba su nena Jazmín. Y le relató los episodios de todas las tardes. Su mamá todavía no salía de su asombro cuando vinieron las chicas de la comparsa Guadalupe a pedirle que Jazmín fuera bastonera. Lugar que tenía merecidamente ganado, explicaban, porque había ensayado músicas y bailes todo el año.

La mamá, algo confundida, dijo que lo pensaría, que el papá tenía la última palabra, que, en fin, ella no creía que Jazmín fuera buena para eso.

Jazmín rogó, pidió, suplicó y ensayó todas las siestas, todas las madrugadas. Al papá se le escapó un permiso entrecortado y el primer día de carnaval le pusieron, sobre su vestidito viejo, un traje de raso rosa. Una coronita plateada brilló sobre sus motas.

¡Cómo la aplaudían! ¡Cómo se movía al compás de los tambores! Jazmín improvisaba un canto cada noche con una vocecita que llegaba al alma.

Era como un candombe que todos comprendían, que hablaba de las selvas donde había nacido su madre, de los cansancios de su padre, de los sueños de las chicas pobres, de Gilda y de Rodrigo. ¡Ahí viene! se oía entre el público ¡ahí llega la chica que canta como un ángel!

Ese verano le siguió regalando cosas a Jazmín.

Juan Lucero bailaba en la misma comparsa que ella. Era el mejor. Por unos días en el año, Juan Lucero era rey.

Juan Lucero esperaba ver a todas las chicas en la vereda. Esperaba oírlas hablar de él. Aunque ese año él no tenía tiempo para ninguna. Había conocido a Jazmín.

Un día Lucero se animó y le dijo a Jazmín que su cara era la más linda que jamás había visto. Qué iba a saber el pobre Juan que le estaba solucionando un problema terrible a Jazmín. Ella le dio un beso enorme porque el rey del carnaval la había llamado hermosa y porque su piel había enamorado.

De la mano de Juan Lucero cantó, la última noche de la fiesta, una canción que aún todos recuerdan. Hablaba de ella, de ellas, de todas las mujeres del barrio, de él, de ellos, de todos los hombres que las enamoraban.

A Jazmín le gusta componer canciones. Ella sabe que un día será famosa y ya no tiene que solucionar ningún problema. Ella es hermosa, hermosísima, ella es morocha, bien morocha, vive en una orgullosa calle de tierra y su papá es albañil y fuerte y honesto y su mamá trabaja y la abraza cada noche mientras colecciona los carnavales de la hija que canta.

## ENSALADA RUSA

*Hoy van a conocer  
mi secreto, nos dijo  
riendo. Y envuelta  
en humos,  
comiendo habas,  
llegó de Honduras  
un bada de  
nombre  
Hortensia...*



-¿V amos a jugar a la ensalada rusa? -nos propuso Valeria. Estábamos reunidas en su casa, una tarde de lluvia y de vacaciones de invierno. Una tarde que su mamá la dejó invitarnos a Rita y a mí y que no se podía salir porque hacía un frío bárbaro.

Yo no sé si ustedes conocen este juego. Es ese que sólo necesita papeles viejos y lápices rápidos. Sobre la hoja de papel de cada uno se dibujan cinco columnas, y sobre cada una se escribe un título: ANIMALES, NOMBRES, PLANTAS, LUGARES, COLORES. Entonces uno de los jugadores dice en voz baja el abecedario y otro lo detiene al grito de ¡basta! y aparece una letra y ella nos presenta su colección de palabras. ¿No lo jugaron nunca? Estoy segura que sí. Y si no les pido que lo intenten cuando la lluvia arrecie y los amigos acompañen.

Si sale la ese, ella nos hará escribir sogas sinuosas, sandías, Sandras, salmones, suizos y suaves colores de seda.

Si sale la efe, habrá que encender faroles, Florencias, fantásticos fucsias, focas furibundas y Francia será el lugar favorecido.

Si sale la ve corta volarán verdes verduras, venados, Venezuelas y Valerías.

Y hablando de Valeria, volvamos a la Valeria que nos ocupa.

Jugar a la ensalada rusa con ella era diferente. Cuando ella soltaba una letra ocurría un fenómeno extraño. La habitación se iluminaba. Las paredes se esfumaban. Los ruidos de los grandes conversando en la cocina se hacían lejanísimos. La ventana dejaba de mostrar la calle.

Era más o menos así: si ella decía BE LARGA, brotaba una bruma blanca, bailaban buitres sobre nuestras cabezas mientras hombres de nombre Bernardo y mujeres Benitas o Bonitas nos besaban. Viajábamos por Bruselas y por Bogotá, sobrevolábamos Buenos Aires comiendo batatas o bergamotas.

Ustedes no querrán creerme, pero nos ocurría todo eso.

¿Y si era la letra DE? Dormíamos en dunas, conocíamos a Delias y Dardos encantadores, paseábamos en dromedarios y probábamos dátiles de Damasco.

Del puntaje ni nos acordábamos.

—Cómo se entretienen estas chicas —comentaban nuestras madres—. Se pasan horas en la habitación sin molestar.

La tarde a la que se refiere este relato, Valeria convocó a la HACHE. Hoy van a conocer mi secreto, nos dijo riendo.

Y envuelta en humos, comiendo habas, llegó de Honduras un hada de nombre Hortensia.

Yo soy el hada de las letras. Nos dijo.

Soy el hada de Valeria y de otros chicos como ella que aman los nombres de la vida. Yo busco a los amigos de las palabras espumantes, que prefieren coros, campamentos, fiestas, familias, caminos, regalos.

Son los chicos amigos de los gatos, los globos y las guirnaldas, que jamás pronuncian guerra.

Son los que escriben poemas, pregones, piropos. Y dibujan paz.

Juntos convocamos huertas, pero hay hombres que convocan hambre.

Juntos abrimos ventanas, pero hay hombres que abren venenos.

Juntos escribimos cuentos, canciones, cartitas, crucigramas. Jamás guardamos sueños en cárceles.

Burbujas y nunca balas.

Mareas y nunca muerte.

Valeria soltó una risa y Hortensia desapareció. La habitación se vistió de paredes y la lluvia agrisó el aire. Nos encontrábamos como minutos antes, sentadas

frente a papeles y lapiceras. La mamá de Valeria nos preguntó si queríamos la leche.

—Laureles, luciérnagas, limones. Pero no queremos lástima ni lastimaduras —le contestamos.

Le noté a la señora una cara de cierta preocupación cuando cerró la puerta. Igualmente nos sirvió una leche riquísima y no nos hizo preguntas.

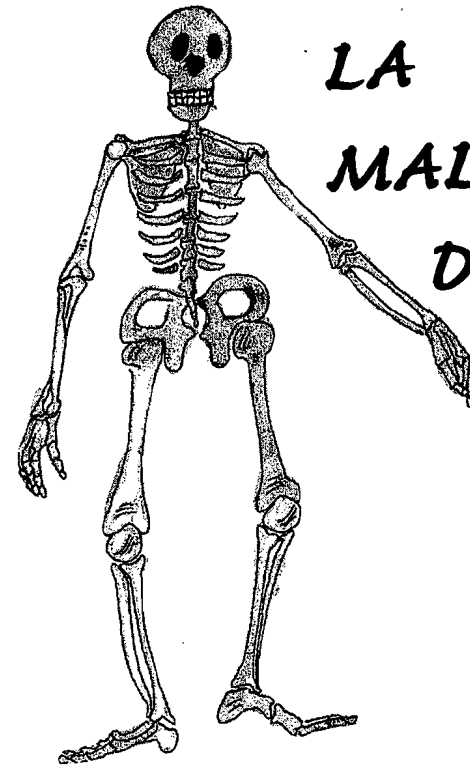
No sé si ustedes podrán creerme que Hortensia existe. Es lo que menos importa.

Pero los desafío a que hagan una lista interminable de los nombres de la vida. Y una de los nombres que destruyen.

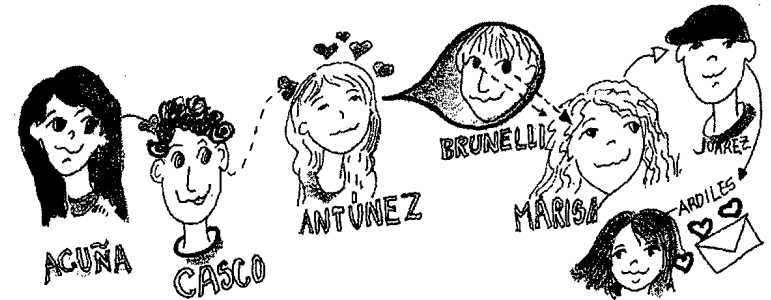
Aunque no lo hagan para Hortensia, háganlo para ustedes.

Les pueden servir para la próxima ensalada rusa.

O tal vez para preferir siempre las palabras que defienden lo que respira, lo que ríe, lo que sueña.



# LA MALDICIÓN DEL CA- DÁVER



*¿Alguna vez sintieron la horrible sensación  
de ser solterones  
a los catorce años?*

**R**evisemos un poco la lista del grado. Era, si mal no recuerdo, más o menos así:

Acuña

Antúnez

Ardiles

Benítez

Brunelli

Casco

Demetri

Juárez

Y seguía, en estricto orden alfabético, una lista que he escuchado desde la voz de varias maestras, durante años, muchísimas mañanas de mi infancia.

Como nuestra escuela tenía secundaria la seguí escuchando en mi adolescencia. Ahora comprenderán por qué me la acuerdo de memoria.

Cuando mis compañeros y yo empezamos a rondar los trece, surgieron algunos problemitas. El tema era así (supongamos que la lista terminara en Juárez, cosa que no es cierta, pero así es más fácil explicárselos): Acuña gustaba de Casco (me olvidaba decirles, Acuña, Beatriz, y Casco, Rafael) pero Casco gustaba de Antúnez (Luisa) que a su vez estaba perdidamente enamorada de Brunelli (Fabián, un servidor) que le arrastraba el ala a Demetri (Marisa) que suspiraba por Juárez (Carlos) que le escribía cartitas de amor a Ardiles (Patricia).

Un regio despiole. Como a mí me gustaban los dibujos y los esquemas, solía representar estos inconvenientes:



No había forma de resolver el asunto. El aula era un inmenso globo de melancolía. Durante la hora de latín (piensen, muchachos, si seré viejo, que en mis tiempos se enseñaba latín) subían por el aire suspiros desgarrados.

dores. Claro, también podían ser ronquidos, era un profesor aburridísimo.

Nadie se sentía conforme con su suerte. Yo llegué a suponer que un esqueleto encerrado en una vitrina que había en el colegio irradiaba una maldición. ¿No sería el famoso mal de amores el que nos aquejaba? El cadáver, como lo llamábamos nosotros, era de un hombre que había muerto cuando se tragó un veneno que le preparó la mujer de sus sueños. ¡Era demasiada casualidad!

Así que el cadáver ingresó triunfalmente a mis dibujos ocupando un lugar privilegiado:



Como se imaginarán, era imposible organizar un pic-nic sin que arreciaran los problemas. Porque Beatriz (Acuña) quería cazar mariposas con Rafael (Casco) que en realidad prefería caminar por la playa con Luisa (Antúnez) que se excusaba diciendo que le dolía un poco la cabeza porque, la verdad, esperaba que Fabián (Brunelli, quien les habla) la invitara a pescar. Y así sucesivamente.

Cuando volvimos del verano y las vacaciones que nos depositaron en las aulas de segundo año ocurrió un hecho insólito, fuera de todo programa y de todo cálculo, que desarmó mis viejos esquemas y que desinfló para siempre los globos de melancolía que flotaban sobre nuestras cabezas.

Lo notamos inmediatamente. Dormidos como siempre cuando nos pasaban lista, nos despertamos sobresaltados al escuchar:

Acuña

Almirón

Antúnez

Ardiles

Báez

Benítez, etc.

La lista había cambiado. El preceptor nos explicó que Almirón (Susana) y Báez (Francisco) eran dos compañeros nuevos, que esperaba de nosotros una cálida bienvenida.

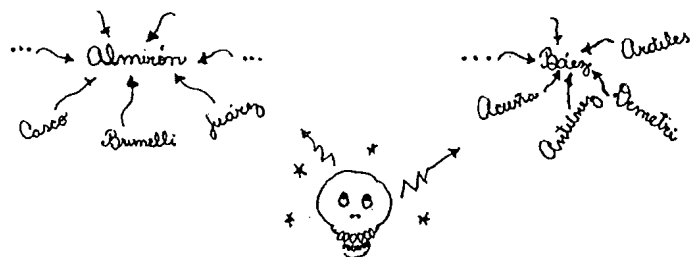
Lo que jamás imaginó el pobre preceptor fue que cuando ellos entraron al aula se encendieron amores apasionados. Es que la verdad hay que decirla: Susana era alta, almadrada, ¡hermosa!, sus ojos soltaban chispas doradas, sus ademanes eran tímidos y suaves, y su risa ¡ay! su risa... ¡qué cascada maravillosa! Quedé atado a ella desde que la vi. Lo que no calculé es que a TODOS los varones les estaba ocurriendo lo mismo.

Y lo que es más increíble, las niñas suspiraban al unísono por Francisco. Yo no sé que le veían porque era un flaco narigón y dientudo, pero parece que ellas no opinaban lo mismo. Escribían sobre él: es buen mozo, es gentil, simpático, y un montón de pavadas más. No es que yo estuviera celoso, no, ¡pero las mujeres siempre las mismas exageradas!

En cambio Susana... ella sí que era como las actrices de cine. Una piel aterciopelada, unos gestos delicados, un modo de hablar y sonreír...

Mis diagramas pasaron a ser muy simples:





Los varones preparábamos los mejores ramos de flores de jardines ajenos (Doña Paula llegó incluso a presentar sus quejas al rector). Claro, a ustedes esto les debe sonar gracioso, pero hace cuarenta años ¡si parece que fue ayer! el amor a una dama se declaraba con flores.

El problema consistió en la cantidad de declaraciones hechas al mismo tiempo, lo que convirtió el *living* de la casa de Susana en un velorio, tanto ramo amontonado.

Susana no dejaba de ser amable con todos, pero no se acercaba a ninguno en especial. Francisco conversaba con todas las chicas, se reía de sus ocurrencias, les festejaba los peinados nuevos. Pero tampoco mostraba preferencias.

Digamos que un problema se había resuelto: no más suspiros ni tristezas ni melancolías (fue cuando comprobé que lo que escuchaba en las clases de latín eran ronquidos, porque esos siguieron). Pero digamos

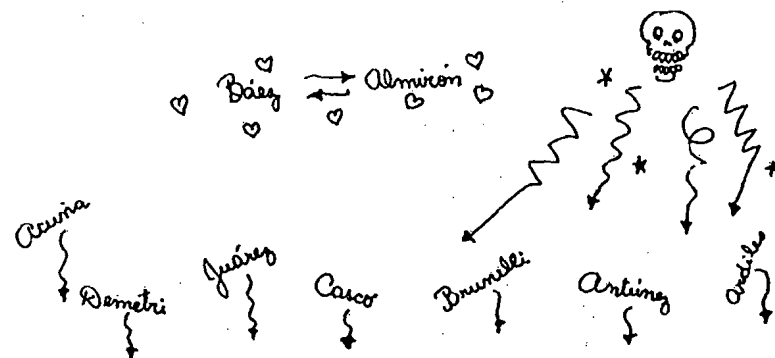
también que nació un nuevo problema: las cuentas seguían sin cerrar.

La maldición del cadáver sólo había tomado una forma distinta. Y yo me preparaba para vestir santos (¿alguna vez sintieron la horrible sensación de ser solterones a los catorce años?).

Hasta que un día... en todas las historias existe un fantástico día donde se desanudan los nudos, se encuentra la palabra difícil del crucigrama, se cura la tos o termina de llover. Siempre hay una última gota de una última nube ¿no lo habían pensado?

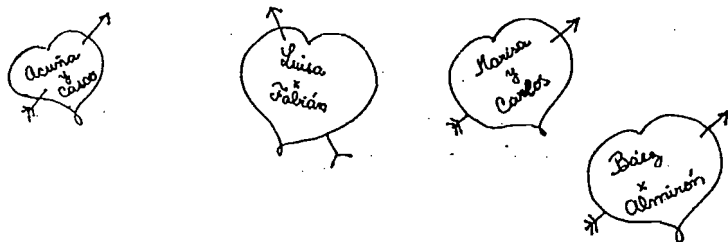
Bueno, ese día nos enteramos todos que Susana y Francisco... ¡eran novios! Uno los vio mirarse, otro los vio de la mano, otro les pescó un beso, otro interceptó una fogosa correspondencia. ¡Cómo no lo habíamos previsto!

Mi nuevo dibujo era por demás desolador:



Pero se ve que el amor no les cae bien a las maldiciones, porque desaparecen ni bien alguien se atreve a enamorarse. Al poco tiempo Acuña recibió un beso de Casco, y Luisa Antúnez encontró una carta de Fabián Brunelli (o sea mía), y Marisa salió una tarde del brazo de Carlos y así sucesivamente.

Los diagramas, a partir de aquel mágico día, se simplificaron muchísimo:



Y aunque hubo encuentros y desencuentros posteriores, todos comprendimos que era mucho más interesante amar personas reales que príncipes y princesas azules que nunca llegan y nos inundan de complejos.

Por los príncipes imposibles nos sentimos feos, torpes, tímidos, melancólicos y solterones.

En cambio con una personita real... tocamos el cielo con las manos, besamos labios cálidos y verdaderos,

aprendemos a reír y conversar y bailar... ¡sin sentirnos mediocres y estúpidos!

Y si no preguntente a Luisa, que hace cuarenta años me aguanta los pisotones cuando bailamos tango. Y que me regala los labios más cálidos y verdaderos que he conocido...

**CONVERSACIÓN FINAL  
CON UN AMIGO  
AVENTURERO**



*...ellos no dejaron nunca de soñar...*

Querido amigo:

Recorriste unas cuantas historias. Jazmín y Manuel y Julián y Cauli te regalaron sus aventuras. Ellos las vivieron siendo chicos tan chicos como vos. Tan vergonzosos. Tan tímidos y cobardes de a ratos y valientes de golpe y tiernos y cabezas duras y enamoradizos y caprichosos y tontos y atrevidos.

Y como vos, dormidos o despiertos, ellos no dejaron nunca de soñar. Con un gran amor o con una gran aventura o con un lugar y un tiempo donde las personas se llevan bien. Ellos vivieron con ganas la infancia y la adolescencia que les tocó en suerte, lo que no siempre les trajo alegría, como muchos suponen.

Posiblemente tu vida está poblada de escenas que vos podrías contar, tan simples o tan extrañas como las que acabás de leer.

Algún día podrás contárselas a tus hijos y a tus nietos... pero para eso falta mucho tiempo y yo te propongo una cosa: ¿por qué no me las contás a mí? Ya hace muchas páginas que nos conocemos, en una de

CLAUDIA BERNAZZA

esas resulta un cuento que podrá oírse a la orilla del viento...

No hay una vida más apasionante que la tuya.

No hay un amor más generoso que el tuyo.

No hay una paz más poderosa que la que soñás.

No hay un amigo como el que te acompaña.

¿lo sabías?

Claudia Bernazza  
bernazza@infovia.com.ar

Índice

Permiso para volar en tren.....	7
<i>E mail</i> desde la luna .....	13
Manuel quiere un día .....	19
Desventuras de un glyptodonte de jardín.....	25
Javier tiene un río .....	33
El chico de la orilla.....	39
Jazmín, al compás de los tambores.....	47
Ensalada rusa .....	53
La maldición del cadáver .....	59
Conversación final con un amigo aventurero....	71

Este

es un libro que contiene nueve historias de chicos. De este tiempo y de otros tiempos, de estas tierras y de otras tierras.

En realidad contiene diez historias, porque también está la historia del chico o la chica que está leyendo, y que puede contar su aventura al final de estas páginas.

Este libro habla del amor y de la amistad que pueden vivir y sentir los chicos entre los diez y los doce años, y de las grandes aventuras que protagonizan sin darse cuenta.

*Permiso para volar en tren* puede marcar el inicio a la lectura sin obligaciones, y puede hablar de los valores que nos reúnen sin apelar a largos sermones ni viejos catecismos.

Claudia Bernazza, docente y escritora, vive con chicos que alguna vez pasaron por la calle y la cárcel. Ha trabajado en escuelas y grupos infantiles y juveniles, y ha volcado su experiencia en numerosas publicaciones y organizaciones. Muchas de estas páginas se inspiran en las historias reales que le ha tocado compartir.

ISBN 950-05-1372-2



9 789500 513722

 CORREGIDOR



9500513722

PERMISO PARA VOLAR EN T

1009 \$5.90